



Cambio climático: más nubes que sol

Raúl Sohr

Analista internacional

Numerosas voces proclamaron con entusiasmo que la cumbre ambiental COP21, de París, fue un paso histórico, pero un análisis sereno permite concluir que fue únicamente un paso en la dirección correcta.

Si se cumple lo acordado, se disminuirán las emisiones de CO₂, pero se mantendrá lejos la meta de resolver el problema.

Las predicciones climáticas distan de ser una ciencia exacta. Pero en París, en la megacumbre de Naciones Unidas (ONU) llamada COP 21, que sesionó entre el 30 de noviembre y el 11 de diciembre para debatir el cambio climático, ninguno de los casi doscientos representantes de los Estados presentes cuestionó que los termómetros están al alza. Tampoco hubo mayores debates sobre del impacto desastroso que el fenómeno causa en distintos puntos del planeta. Los más urgidos fueron los delegados de islas y tierras bajas, amenazados por la subida del nivel de los mares. Para sus pueblos, el derretimiento de los hielos polares representa un peligro existencial. La polémica se centró, como cabía esperarlo, en qué estaba dispuesto a hacer cada cual para disminuir las emisiones de gases de efecto invernadero (GEI), en especial el CO₂, que representa dos tercios de ellos. Otro tema candente fue a quién corresponde aportar fondos a los países menos desarrollados para mitigar el impacto del cambio climático¹.

Al concluir la reunión, surgieron visiones antagónicas sobre los logros. Un coro de políticos y diplomáticos elevó expresiones autolaudatorias. “Este es un momento verdaderamente histórico”, fue una frase recurrente de Ban Ki-moon, secretario general de Naciones Unidas, quien agregó: “Por primera vez tenemos un acuerdo realmente universal sobre el cambio climático, uno de los problemas más críticos de la tierra”. Algunos aplaudieron lo que creen es un primer paso para dejar atrás los combustibles fósiles. Los optimistas estiman que el mundo puede respirar más tranquilo pues, por fin, hay un consenso básico para frenar las emisiones e impedir que las temperaturas aumenten más de dos grados. Heraldo Muñoz, el canciller chileno, anticipándose al año 2100, proclamó que lo logrado era la “noticia más importante del año y del siglo... esto va a definir lo que va a suceder con el medio ambiente global durante lo que resta de este siglo XXI y determinará la suerte de las generaciones actuales y futuras”. Semejante afirmación es lo que se entiende por dar una prenda al destino.

En todo caso, el entusiasmo de Muñoz no fue compartido por muchos que no ejercen cargos de gobierno. Entre científicos y activistas primaba la impresión de que solo fue un discreto paso en la dirección correcta. Lo acordado, si es que se cumple, no haría más que disminuir las emisiones: está lejos de resolver el problema. Un informe preparado por la ONU consideró las propuestas de recorte de emisiones de 150 países. La conclusión: si se suman todas las intenciones declaradas, se lograría una baja de nueve por ciento de las emisiones per cápita del mundo. Pero las emisiones brutas seguirían al alza hasta alcanzar las 55 gigatoneladas, 15 más por encima del nivel necesario para cumplir con el objetivo de no superar los 2 grados centígrados de aumento de la temperatura global.

EL CORTOPLACISMO DE CHILE

El texto, antes de su aprobación por parte de los delegados, contenía más de mil corchetes, que señalan los puntos en que no hay acuerdo. Uno de los mayores debates versó sobre si emplear la palabra “deberá” o “debería” ante los compromisos asumidos. Triunfó el “debería” que, para muchos observadores, equivalía al consabido “hecha la ley, hecha la trampa”. Al momento de firmar, ya muchos gobiernos incluían la cláusula de escape. Los acuerdos de París no son obligatorios. Cada país fijó las metas de reducción de emisiones de gases que estimó convenientes. Si las cumple, bien. Y si no, bien también... Salvo —se ha dicho— que será sometido al escarnio internacional. ¡Como si los países fueran personas!

De hecho, Chile no tuvo ningún inconveniente para comprometer menos de lo mínimo que se esperaba de él. “Decepcionante, espero que revisen sus metas”, fue el comentario de uno de los expertos extranjeros que pidió anonimato. En el plan voluntario de reducción de emisiones chileno, es patente

Los acuerdos de París no son obligatorios.
Cada país fijó las metas de reducción de
emisiones de gases que estimó convenientes.
Si las cumple, bien. Y si no, bien también.

la falta de voluntad política. Es un clásico ejemplo del economismo cortoplacista que, a la larga, cuesta caro. Inicialmente, se consideró que la meta optimista era una reducción de 45 por ciento, en tanto que la más conservadora era de 35 por ciento. Al final, ni una ni otra, tan solo una merma de 30 por ciento de las emisiones por unidad del PIB al año 2030. Ello, en un país que tiene enormes posibilidades de mejoría a través de la eficiencia energética y las energías renovables. La postura chilena contrasta con Marruecos —una nación más pobre—, que se ha propuesto generar el 42 por ciento de su electricidad a partir de fuentes renovables no convencionales para el año 2020. ¿Cuál es el recurso marroquí? El sol... ¡Chile es el país con la mayor radiación solar en el planeta y recién despunta su tímida explotación! Es claro, en todo caso, que a los gobiernos no los elige la opinión pública mundial, sino sus electores criollos. Esa es la opinión que pesa. Por lo tanto, es la ciudadanía la que debe aplicar la presión para lograr resultados.

“ES UN FRAUDE, UNA FALSEDAD”

Entre los científicos, el físico James Hansen, ex directivo de la NASA —considerado uno de los pioneros en la conciencia del cambio climático—, fue lapidario sobre los acuerdos: “En realidad es un fraude, es una falsedad. Es una estupidez que nos digan que se ha fijado una meta de calentamiento de 2°C y que trataremos de mejorarla cada cinco años. Son solo palabras. No hay acciones concretas, solo promesas. Mientras el combustible fósil sea el combustible más barato, se lo seguirá quemando”.

Hansen apuntaba a terminar con los subsidios otorgados por diversos gobiernos al petróleo y el gas. Si se cierran estos financiamientos, las emisiones de CO₂ bajarían en 20 por ciento, de acuerdo al Fondo Monetario Internacional. Es una idea que fue respaldada por John Key, primer ministro de Nueva Zelanda, quien señaló: “La reforma de los subsidios al carbón y al petróleo es la pieza faltante en el engranaje del cambio climático”. Hansen va más lejos y propone que cada emisor pague US\$ 15 por cada tonelada emitida. Tan solo en Estados Unidos se recaudarían US\$ 600 mil millones anuales, que podrían reinvertirse en energías verdes. Pero hacerlo recuerda el chiste del ministro de Hacienda que informa a su presidente: “La buena noticia es que subimos los impuestos. La mala noticia es que nos han dado un golpe de Estado”. Entre las ocho naciones más industrializadas —Estados Unidos, Alemania, Japón, Gran Bretaña, Francia, Italia, Canadá y Australia— los aportes fiscales

¹ Ver: Raúl Sohr, “Cumbre climática París 2015: La liturgia del calentamiento global”, *Mensaje* n° 644, noviembre 2015, pp. 10-12.

Los resultados de la vigésimo primera cumbre climática son mixtos. Al menos, concluyó con algunos criterios que sirven de base para perfeccionar lo acordado.

para el subsidio de los combustibles fósiles exceden de los US\$ 80 mil millones anuales.

CORRUPCIÓN, ARROGANCIA, VISIONES DIVERGENTES

Aludiendo a la amenaza del cambio climático, el papa Francisco dijo que “el mundo está al borde del suicidio”. Ello no le quita el sueño al *lobby* del petróleo y el carbón que, unido a las automotrices y otras industrias, suele gravitar con más fuerza que los reclamos de vastos sectores de la sociedad civil. El escándalo de la adulteración de emisiones de vehículos Volkswagen (VW) y otras marcas del mismo conglomerado es testimonio de la hipocresía ilimitada de ciertas empresas. Desarrollar un soporte computacional para aprobar los exámenes de gases es el máximo de la transgresión premeditada. La compañía alemana se ufana, en su publicidad, de contar con los vehículos más limpios. No solo eso: mientras producía vehículos que vulneraban las normas, obtuvo miles de millones de euros de fondos de la Unión Europea para, precisamente, bajar las emisiones de sus motores diesel. La corrupción no es monopolio de VW.

Beijing y otras ciudades chinas han batido récords de contaminación atmosférica. Las autoridades han reconocido que sus estadísticas han sido falseadas y que, en realidad, el país quema 17 por ciento más de carbón de lo declarado. La corrupción campea en el sudeste asiático, donde gobiernos, como el indonesio, permiten la quema indiscriminada de bosques para abrir tierras a nuevos cultivos. En India, grandes camiones petroleros circulan en sus ciudades haciendo el aire irrespirable. Las autoridades lo han prohibido, pero una policía permeable a las coimas ha dejado la veda en letra muerta.

En lo que toca a la arrogancia, el rey indiscutido es Rex Tillerson, presidente ejecutivo de la mayor petrolera del mundo, la ExxonMobil, que comentó sobre la evidencia del cambio climático: “Cuando se predicen cosas como un aumento del nivel de los mares, usted obtiene números sobre todo el mapa. Si se toma lo que yo llamaría un enfoque científico razonable ante esto, creemos que esas consecuencias son administrables... Hemos pasado toda nuestra existencia adaptándonos, ¿ok?, de manera que nos adaptaremos a esto. ¿Cambios climáticos que obligan a mover plantíos de una región a otra? Nos adaptaremos a eso. Es un problema de ingeniería y habrá una solución de ingeniería”.

Son palabras reveladoras de una visión ingenieril y deshumanizada. Sin duda, la ExxonMobil encontrará soluciones técnicas para sus explotaciones, pero millones de damnificados tendrán que abandonar sus plantíos y padecer las consecuencias de la “adaptación”.

Cada sector económico aporta razones para lograr un trato preferencial. Así, ya quedó excluido el sector aeronáutico y naviero. Los gobiernos, por su parte, insisten en sus argumentaciones particulares mientras invocan en forma abstracta el bien común. En los hechos, las divisiones de las últimas dos décadas siguen presentes. Al presidente estadounidense Barack Obama le gustaría llegar a un acuerdo, pero ha indicado que el Senado de su país no lo ratificaría. Las efectivas campañas del *lobby* de los combustibles fósiles hace que Estados Unidos sea el país donde existe mayor escepticismo sobre las causas del calentamiento global. India dice que no dejará de usar carbón porque es indispensable para su desarrollo. El presidente chino Xi Jinping habla de obligaciones comunes, pero diferenciadas. Lo de diferenciado alude a que los países ricos, con historial de emisiones, contribuyan más que los que están en desarrollo. Es un debate que se repite cada año. Nadie discute la necesidad de descarbonizar las economías. El problema es cómo hacerlo y, más precisamente, quién asumirá qué costos de este proceso. El británico Lord Stern hizo un estudio clave sobre la materia y allí advirtió: actuar ahora para mitigar el daño causado por las emisiones de GEI costará el 5 por ciento del PIB mundial, pero si el cuadro empeora podría alcanzar hasta el 20 por ciento del mismo.

PUNTOS DE ACUERDO

Con todo, la COP 21 marcó cierto progreso y se acordaron cuatro puntos principales:

- 1.- Disminuir los GEI a la brevedad posible.
- 2.- Impedir el aumento de la temperatura sobre los 2°C y realizar esfuerzos para limitarla a 1,5°C.
- 3.- Revisar el proceso cada cinco años.
- 4.- Establecer un fondo de US\$ 100 mil millones anuales para países en desarrollo a partir del año 2020.

Una tendencia que salió fortalecida del encuentro parisino es el avance de las energías renovables. En el 2013 estas energías representaron 12 por ciento de la generación eléctrica a nivel mundial y se espera que dupliquen su participación para el 2040. Los gobiernos suscribieron créditos por US\$ 112 mil millones para fuentes renovables.

Los resultados de la vigésimo primera cumbre climática son mixtos. Al menos, concluyó con algunos criterios que sirven de base para perfeccionar lo acordado. Desde una perspectiva política, deja de manifiesto la ingobernabilidad mundial. La globalización, que ha alentado acuerdos de libre comercio y apertura de fronteras al capital financiero, no permea las barreras de ciertos intereses nacionales. No existe una autoridad supranacional para enfrentar problemas de carácter global y candente, como el cambio climático. La reunión de París indica que la solución no vendrá de nuevas asambleas mundiales, de lo cual se deduce que una de las tareas más urgente es desarrollar instancias capaces de abordar las problemáticas globales con la anuencia de los Estados de someterse a acuerdos vinculantes. **MSJ**